

Capítulo sobre la Regla de San Benito - CFM - Roma 30.08.2011

El primer capítulo de la Regla describe cuatro géneros de monjes. “Como todos sabemos, existen cuatro géneros de monjes” (1,1).

Quisiera sobre todo subrayar el término “género”, en latín “*genus*”, que utiliza san Benito. Es un término que deriva del verbo “*generare*”. Un “género” es una especie de ser viviente cuyas características se transmiten por reproducción, por generación. Si san Benito habla de “géneros de monjes”, la idea subyacente es que las categorías que describe tienen características que se transmiten, como en una genealogía familiar, y esto vale tanto para las cualidades como para los defectos.

Pero si examinamos la descripción de estos cuatro géneros, se nota que las cualidades o los defectos de cada uno dependen también del tipo de generación que conllevan. Entonces, podremos resumir las características genealógicas de estos cuatro tipos de monjes como sigue: los cenobitas son monjes generados por una comunidad monástica, fraterna, guiada y educada por un abad, una abadesa, y por la Regla. Los eremitas son quizá generados por una comunidad fraterna, pero alcanzan una especial maduración de generación que los permite vivir en soledad. Sin embargo, los sarabaítas y los giróvagos son monjes que se generan a sí mismos. San Benito los describe como “monstruos” contra natura, como seres humanos que no han nacido de un padre y de una madre, sino por auto clonación.

Dicho esto, san Benito tiene razón al afirmar que de ellos “es mejor callar que hablar” (1,12), por lo que me callo también yo. Sin embargo, es bueno tener en mente esta simple idea: los monjes malos, son los monjes “*do it yourself*”, aquellos y aquellas que se hacen monjes por sí mismos, sin ser generados por una experiencia y por personas que los preceden, sin una tradición viva. Lo peor es cuando estos no solo se hacen monjes por sí mismos, sino que también se hacen superiores y fundadores por sí mismos, de tal modo que a veces consiguen generar, transmitir, su falta de generación, de forma que el no ser generados, el no tener padres y maestros, se convierte para ellos en la característica monástica por excelencia. Lanzan la tradición de no tener tradición.

En mis viajes y encuentros constato cada vez más que es mil veces mejor ser generados por una comunidad y por un superior o una superiora pobres y limitados, que generarse a sí mismos, incluso cuando se tienen todas las cualidades de este mundo. En resumen, es mejor tener progenitores y una familia llena de defectos, y nacer seres humanos, que ser un robot...

Decía que no quería hablar de los sarabaítas y de los giróvagos, pero quisiera, sin embargo, señalar todavía una cosa que san Benito dice de ellos, porque nos será útil para entender mejor a los cenobitas y a los eremitas, y también para entender mejor qué significa ser generados a la vida monástica y no clonados, o programados como un ordenador.

San Benito dice de los sarabaítas que “siguen todavía fieles al espíritu del mundo – *servantes saeculo fidem*” (1,7). De los giróvagos dice que “se limitan a servir a sus propias voluntades y a los deleites de la gula – *propriis voluptatibus et gulae inlecebris servientes*” (1,11).

Es como si san Benito viese un progreso de decadencia en el sometimiento de los sarabaítas y el de los giróvagos: se comienza sirviendo al mundo y se termina por servir a la propia dependencia del placer, de las pequeñas o grandes drogas de las que se dependa. De esclavos del mundo se convierten en esclavos de la esclavitud propia. Probablemente, la dependencia del mundo al principio era un consagrarse a algo elevado, a algún interés o causa grande o, a algún proyecto o idea grande. Pero, poco a poco, también se llega a descender más abajo, y se termina por servir solo a los propios intereses, y después solo al propio placer instintivo.

Pero, ¿dónde está el problema? Cuando uno es esclavo, ¿dónde está el problema? En el fondo no radica tanto en lo que hace, ni tampoco a lo que sirve. El verdadero problema del esclavo es que carece de libertad. El problema no es el mundo, ni tampoco el placer de la vida, de la comida o de otras cosas. El problema es cuando todo esto, la relación con el mundo y los placeres, es vivido por personas que carecen de libertad, de modo que todo lo que estas personas viven, lo viven como esclavos, por lo que para ellos todo se convierte en una cadena, en una prisión. Quien es esclavo en el corazón, vive todo como esclavo, incluso el contemplar las estrellas o beber un vaso de agua de la fuente.

Volvamos, finalmente, a los cenobitas y a los eremitas, y preguntémosles: si sois libres, ¿cuál es el secreto de vuestra libertad? Porque, en el fondo, también vosotros tenéis relación con el mundo, también gozáis de muchas cosas bellas y buenas de la vida, también coméis y bebéis. ¿Qué os permite vivir estas cosas como hombres y mujeres libres, y no como esclavos?

En el fondo, la respuesta la dije al inicio de este Capítulo y de esta serie de Capítulos: el secreto de la libertad del género de los cenobitas y de los eremitas es la pertenencia, el seguimiento, la obediencia, la escucha, el hacerse discípulos e hijos. Quien acepta este camino, reconoce que la naturaleza más profunda de la libertad humana es ser una libertad dada por Otro, nos la da Dios, y nos la vuelve a dar por Cristo y por el Espíritu Santo. Como dice Jesús a los Judíos: “Si el Hijo os da la libertad, seréis verdaderamente libres” (Jn 8,36).

El mundo no ama la verdadera libertad, porque no soporta recibirla de Otro, del Señor. Para San Benito, el monje milita al servicio de Cristo Rey, un Rey que no nos asegura ningún otro poder y reino que el de la libertad de amar, el de la libertad de dar la vida. Toda la Regla, en cada uno de sus detalles, nos propone un camino de volver a ser libres en Cristo.

Hay un episodio, relatado por Gregorio Magno en el tercer Libro de los *Diálogos*, en el que pienso a menudo. Un eremita del monte Marsico, de nombre Martín, “apenas llegó al monte (...), se ató un pie a una cadena de hierro que sujetó al extremo de una roca, de modo que no podía alejarse más de lo que le permitía la longitud de la cadena. Habiendo tenido noticia el venerable Benito de este hecho, (...) le mandó recado por medio de uno de sus discípulos: ‘Si eres siervo de Dios, que lo que te ate no sea una cadena de hierro, sino la cadena de Cristo’. A estas palabras, Martín se liberó inmediatamente de la cadena de hierro y con el pie libre no se alejó ya más de allí que lo que lo hacía cuando lo tenía atado, manteniéndose sin cadena dentro del mismo restringido espacio de antes, cuando estaba atado a la misma...” (*Diálogos* III,16).

Se podría resumir todo con un magnífico verso del Salmo 115: “Señor, yo soy tu siervo, siervo tuyo, hijo de tu esclava; ¡rompiste mis cadenas!” (115,16).

Esta es la libertad de los hijos de Dios, una libertad liberada, una libertad dada, una libertad pascual. Y es para acoger y vivir esta libertad para lo que san Benito nos propone el camino y el servicio de la vida monástica en comunidad, siguiendo la Regla.

P. Mauro-Giuseppe Lepori
Abad General OCist.